

7 SAMURÁIS

Shichi-nin no samurai
Akira Kurosawa, 1954

UNA INVERSIÓN JUSTIFICADA

Kurosawa tuvo muchos problemas con la productora: el género tradicional no tenía ningún éxito en Japón, la duración era muy larga, el presupuesto muy alto... Seguramente los productores tenían motivos para alarmarse. *Los siete samuráis* se convirtió en la película más costosa de la cinematografía japonesa, y su duración de tres horas y veinte minutos la anunciaba como incómoda para verla de una sentada. Sin embargo, pocas veces, viendo una película, se tiene la sensación, como en ésta, de que cada fotograma justifica el tiempo y el dinero en él invertido.

La historia contada, la búsqueda y dirección de los actores, la esmerada composición de los encuadres, el ritmo narrativo, todo en *Los siete samuráis* es de tal nivel que sólo desde las propias filias se podría destacar algún aspecto en particular. A mí me admira, sobre todo, la claridad expositiva, quizá porque es lo más difícil de encontrar en el cine occidental de las últimas décadas. Con la mayor sencillez, empezando por el principio y acabando por el final, sin saltos en el tiempo ni en el espacio, Kurosawa compone su mosaico pieza a pieza, dosificando cada fragmento de información, de modo que el espectador vaya conociendo a su debido tiempo los motivos que impulsan a cada personaje a obrar en la forma en que lo hace.

La historia se divide en tres bloques narrativos: la búsqueda por parte de los campesinos de un puñado de samuráis que los defiendan de los bandidos, la relación que se establece entre los samuráis y los aldeanos durante los preparativos para la defensa y, finalmente, la batalla, que se da entre dos bandos, pero también entre dos épocas, como se desprende del hecho de que los contendientes empuñen lanzas, flechas, espadas y fusiles, armas pertenecientes a distintas fases de la civilización.

Al final no hay truco. El desenlace es el que debe ser. El samurái es un maestro en el arte de la guerra al que ningún bandido, acostumbrado a hollar la débil resistencia de los campesinos, podría vencer en una lucha cuerpo a cuerpo. Pero sus conocimientos y habilidades de nada sirven cuando el rival es intangible, cuando el enemigo ataca desde la distancia. Durante el asalto a la aldea, caen cuatro samuráis. Ninguno es abatido por la punta de una flecha o el corte de una espada. A ninguno lo vence un rival más diestro. Los cuatro son abatidos por un enemigo tosco, pero que maneja un artefacto moderno: el fusil. Si los bandidos hubieran tenido treinta de estas armas, y no sólo tres, el resultado habría sido una masacre de samuráis y campesinos.

Al hilo de estas consideraciones viene a cuento recordar las que hizo Don Quijote sobre la irrupción de la pólvora en el escenario bélico: "Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados

instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.”

Basándose en *Los siete samuráis*, John Sturges dirigió en 1960 *Los siete magníficos*, producción norteamericana que se convirtió en uno de los grandes hitos del western.

SINOPSIS

En el Japón feudal, los campesinos de una aldea son esquilados de un modo sistemático por una banda de forajidos que les roban las cosechas y secuestran a sus mujeres. Convencido de que sólo las armas pueden oponerse a las armas, el más anciano propone a sus vecinos que contraten samuráis para que los defiendan. Un grupo de aldeanos enviado a la ciudad logra convencer a siete guerreros para que se enfrenten a los bandidos sin más recompensa que la comida. Pero siete hombres no serán suficientes. También los campesinos deberán formarse en la lucha.

ARGUMENTO

Akira Kurosawa, Hideo Oguni y Shinobu Hashimoto

Los créditos aparecen escritos con caracteres blancos sobre fondo negro, acompañados por una percusión obsesiva. Los tambores se confunden con cascos de caballo cuando aparece un grupo de jinetes a todo galope. Se detienen en lo alto de una loma. A sus pies, una aldea. Del grupo se eleva un clamor que pide entrar a saco. Uno de los hombres, el que parece su jefe, razona. El otoño pasado les dejaron sin su arroz. No tendrán nada. Mejor volver cuando recojan la cebada. El grupo se aleja. De entre los brezos, justo donde un momento antes estaban los caballos, surge un hombre que lo ha escuchado todo.

La noticia llena de pavor a los habitantes de la aldea, que lagrimean reunidos en la plaza. El joven Rikichi propone enfrentarse a los bandidos y matarlos. Pero su voz es rechazada por la mayoría, que prefiere entregar sus cosechas sin resistencia y arrodillarse ante los invasores para conservar la vida. Rikichi se enfrenta a Manzo, portavoz de los sumisos, y sugiere pedir consejo al Anciano.

El Anciano vive en las afueras, junto a la orilla del río. Su voz llena a todos de estupor: «¡Lucharemos! ¡Contrataremos samuráis!». Recuerda que así lo hizo una aldea, muchos años antes, y fue la única que se salvó. «Nosotros no tenemos dinero para contratar un samurái. ¿Crees que algún samurái nos defendería por la comida? Son terriblemente orgullosos. –Cierto. Debemos buscar un samurái hambriento. Incluso los osos salen de los bosques cuando tienen hambre».

Cuatro aldeanos van a la ciudad en busca de algún samurái hambriento. Los primeros intentos fracasan. El grupo se divide entre las posturas de Rikichi y Manzo. Un tercero, Yohei, suplica que regresen. En la casa donde se alojan hay un samurái que se brinda a defenderlos, pero no es más que un pobre diablo asustadizo.

Junto al río hay un gran revuelo. Un ladrón se ha escondido en un granero y amenaza con matar a un niño que ha tomado como rehén. Un viejo samurái se ofrece a salvar al niño por un poco de arroz. Primero, se hace afeitar la cabeza y se viste con una túnica de monje. Luego, se acerca a la puerta del granero y arroja la comida al interior. Aguarda un instante y corre adentro. No tarda en salir el ladrón, que se desploma, muerto. Detrás, aparece el samurái con el niño en brazos.

El viejo samurái se aleja por un camino. A veces se pasa la mano por la cabeza, de atrás adelante. Los cuatro aldeanos lo siguen, pero se les adelantan otros dos samuráis: Kikuchiyo, un descerebrado que lo observa y da saltos a su alrededor, y Katsushiro, que se arrodilla a sus pies pidiendo que lo acepte como discípulo. El viejo, que se llama Kambei Shimada, se acaricia la cabeza: «Soy un ronin. Yo no tengo casa ni discípulos». Sin embargo, permite que Katsushiro camine a su lado y escuche sus palabras: «No tengo ninguna habilidad especial, yo soy un hombre humilde. Es cierto que he estado en muchas batallas. Pero en casi todas he sido derrotado». Kikuchiyo sigue haciendo gestos de fanfarrón alrededor de Kambei. Rikichi se adelanta al grupo de aldeanos para arrojarse a los pies del viejo ronin.

En la casa, Kambei reflexiona: «Se trata de una banda de treinta o cuarenta bandidos. Un par de samuráis no podrían hacer nada». Aun así, planifica una estrategia. Se necesitarían siete samuráis y no cree que puedan encontrarlos. Yohei hace lo que sabe: Iloriquear. Kambei se conmueve al saber que los aldeanos reservan su arroz para él mientras ellos comen mijo: «Nunca olvidaré vuestro sacrificio».

Manzo y el cuarto campesino regresan a la aldea para contar las nuevas al Anciano: «Quieren contratar a siete, pero tú dijiste cuatro. –Lo cierto es que yo pensaba que serían preciso diez, pero si os lo hubiera dicho, seguro que habríais contratado a quince». Manzo sigue preocupado: «Anciano, nuestras muchachas se vuelven locas por los samuráis. Supongo que a los aldeanos no les gustará que ellos las seduzcan. –Cuando van a cortarte el cuello, ¿de qué te sirve preocuparte por la barba?».

En la ciudad, Rikichi se dirige a otro samurái. Dentro de la casa, Kambei alarga un palo a Katsushiro y le dice que golpee al samurái apenas traspase la puerta. Katsushiro trata de hacerlo, pero el samurái detiene el golpe y derriba al joven por los suelos. Kambei se apresura a calmar al samurái: «Disculpa la rudeza. Estamos intentando organizar un grupo de guerreros para enfrentarnos a una banda de bandidos. Es un trabajo que no ofrece recompensa alguna. Sólo tres comidas al día mientras estemos trabajando». El samurái se va ofendido.

Un segundo samurái ni siquiera entra en la casa. Se detiene en el umbral, riéndose ante lo que considera una broma. Sin dejar de sonreír, acepta las disculpas de Kambei y escucha su propuesta. El samurái sonriente se llama Gorobei: «Creo que esos campesinos no deben seguir sufriendo. Me parece entender por qué

motivo lo aceptaste tú. En cambio yo, aceptaré porque tu personalidad me fascina». Kambei se pasa la mano por la cabeza.

Yohei tiene un nuevo motivo para llorar: les han robado el arroz. Sólo quedan unos granos tirados en el suelo, que recoge uno a uno sin dejar de gemir. Ante sus manos caen unas monedas. Las ha arrojado Katsushiro, compadecido por el sufrimiento de los campesinos. Kambei vuelve a la casa acompañado de Shichiroji, un viejo camarada al que creía muerto. «Estoy preparando una misión. No nos dará fama ni dinero. ¿Quieres unirse a mí? –Sí».

Gorobei localiza a un samurái que está cortando troncos a cambio de comida. Lo observa: «Lo haces muy bien. –Se me da mejor matar enemigos. –Has matado a muchos, ¿no? –Bueno, es imposible matarlos a todos, de modo que acabo huyendo. –Me parece una estrategia estupenda. –Gracias. –Dime, ¿por casualidad te interesaría matar a cuarenta bandidos?».

En un descampado, dos samuráis preparan sendas cañas de bambú e inician una pelea utilizándolas como espadas. Uno grita mucho, el otro es parco. El gritón se empeña en luchar con espadas auténticas y a la primera carga cae fulminado. Kambei ha contemplado la pelea. Cuando regresa a la casa, Gorobei le pregunta: «¿Ha habido suerte? –Hemos perdido a un espadachín de primera. –Los peces que se pierden siempre parecen grandes. –Sí, pero he visto su destreza con mis propios ojos. Sólo le interesa depurar su destreza. Me ha dicho que no. De todos modos, ya sabe dónde encontrarme. –Yo he encontrado uno. Con la espada es de segunda, pero es alegre. Una buena compañía en la adversidad». Se trata de Heiachi Hayashida, el cortador de troncos.

Kambei no considera a Katsushiro como uno más del grupo. Trata de hacerle ver que un samurái está condenado a la soledad. En el umbral se recorta la figura de Kyuzo, el samurai perfeccionista que mató al fanfarrón en el descampado. Kambei pide a Katsushiro que vuelva a su casa y el joven se retira avergonzado. Rikichi suplica una oportunidad para él. Todos están de acuerdo. Kambei se pasa la mano por la cabeza. Con Katsushiro y Kyuzo ya son seis. Saldrán al día siguiente, sin esperar al séptimo.

Un hombre llega diciendo que les ha encontrado un samurái. Viene hacia la casa. Katsushiro coge el palo, dispuesto para la prueba. Entra Kikuchiyo, bastante borracho, y detiene el garrotazo con la cabeza. Echando juramentos se incorpora del suelo y persigue a su agresor. Al reparar en Kambei, saca un pliego y se lo enseña, para que vea que es un auténtico samurái, pero según el documento Kikuchiyo sólo tendría trece años. Todos se ríen de él. Heiachi le quita su espada y le hace correr en pos suyo hasta que el alcohol ingerido lo hace rodar por los suelos. Allí se queda dormido. Al amanecer, Rikichi y Yohei salen con los seis samuráis en dirección a la aldea.

Una joven se lava. Su padre, Manzo, entra con una navaja y le ordena que se corte el pelo y se vista como un chico. La hija se resiste, pero sucumbe ante la fuerza del padre. Los samuráis caminan alegres, seguidos a distancia por Kikuchiyo. Al pasar un río, Kikuchiyo les hace una demostración de sus habilidades, pescando un pez con sus propias manos. Dando saltos de alegría, lo atraviesa con una rama que introduce por su boca y lo pone al fuego, aún vivo. Las ocurrencias de Kikuchiyo acaban por vencer las reticencias del grupo, que lo deja unirse a ellos.

A su llegada, la aldea parece desierta. Se abre alguna puerta, pero se vuelve a cerrar en seguida. Rikichi se desgañita, pidiendo que salgan a recibir a los samuráis. Rikichi los lleva ante el Anciano, que habla con Kambei: «Sí, ciertamente se comportan como unos idiotas. Los campesinos son gente cobarde, siempre están preocupados por algo. Cuando no es la lluvia, es la sequía. Se levantan con miedo y se acuestan con miedo. –No entiendo que tengan miedo de nosotros. Nos han llamado para que les protegiéramos». De pronto, suena la alarma: ¡los bandidos!

De todas las casas sale un tropel de hombres, mujeres y niños, que corren al centro de la aldea. También acuden los samuráis, pero no se trata de los bandidos, sino de Kikuchiyo, que ahora increpa a los aldeanos: «Nos habéis recibido como si tuviéramos la peste, pero al oír la alarma todo ha cambiado». Llega el Anciano y se encara a Kikuchiyo, que no le muestra ningún respeto: «¿Qué? ¿Alguna objeción? –No, todo va bien». La cosa se resuelve en risas.

Comienzan los preparativos. Los aldeanos aprenden a pelear. Kambei planifica la defensa. Katsushiro pasea por el bosque y recoge flores. Súbitamente, se encuentra frente a una joven que lleva un ramo de flores en la mano. Es Shino, la hija de Manzo. Asustada, se hace pasar por un chico. Katsushiro le reprocha que no esté entrenando. «¿Qué haces aquí, recogiendo flores en un momento así?», grita, esgrimiendo su propio ramo de flores. Al darse cuenta de la escasa virilidad de su gesto, las arroja. Shino huye, él la alcanza y forcejean sobre las flores. En la pelea, Katsushiro pone una mano sobre el pecho de Shino y retrocede sorprendido.

Kikuchiyo se presenta en la casa donde se alojan llevando un alijo de armaduras pertenecientes a samuráis derrotados. Las ha encontrado en casa de Yohei. Las armas llenan de consternación a los samuráis, porque representan su propio destino. Kikuchiyo les increpa: «Los campesinos se hacen los santos, pero no lo son. Cuando huelen una batalla persiguen a los perdedores. Escuchad: los campesinos son tacaños, astutos, quejicas, malvados, estúpidos y asesinos. Pero, ¿quién ha hecho que sean unas bestias así? ¡Vosotros! ¡Los samuráis! Quemáis sus aldeas, destruís sus casas, les robáis la comida, les obligáis a trabajar. Seducís a sus mujeres y las matáis si se resisten. ¿Qué queréis que hagan?». Kikuchiyo cae al suelo, sollozando. Kambei comprende: «Eres hijo de campesinos, ¿verdad?». Kikuchiyo no contesta. Se levanta y sale corriendo de la casa. Esa noche no quiere dormir con los samuráis y va al establo. Se tumba sobre la paja: «¡Como en casa!».

Heiachi confecciona una bandera: «En una batalla siempre se necesita una bandera». Kyuzo va al monte a entrenar y descubre el escondite de Shino. Mientras la observa, llega Katsushiro, que se reúne con ella. Le lleva arroz, pero Shino prefiere dárselo a una anciana cuyos parientes murieron a manos de los bandidos. Los samuráis se conmueven ante la vida miserable de la anciana. Desde ese día, reparten arroz entre los niños. Kikuchiyo, con sus gritos y gestos, es el favorito de la chiquillería.

La cebada ya está crecida. Kambei planea inundar los campos una vez que la recojan para cortar un paso a los bandidos. Deberán evacuar tres casas y el molino donde vive el Anciano. La noticia consterna a los aldeanos.

La inminencia de la batalla provoca un amago de desertión entre los aldeanos, pero Kambei desenfunda la espada y los obliga a mantenerse en sus

puestos: «Fuera de la aldea sólo hay tres casas, y en la aldea hay más de veinte hogares. De modo que no arriesgaremos la aldea por salvar tres casas. Pensar que si la aldea cae esas casas tampoco se salvarán».

Recolección de la cebada. Las mujeres también participan. Kikuchiyo quiere congraciarse con una campesina joven y le pide su hoz para realizar el trabajo de la chica. Heiachi sugiere a Rikichi que debería casarse. Rikichi tuerce el gesto y se aleja. Shino mira, preocupada. Heiachi aprovecha la guardia nocturna de Rikichi para intentar saber lo que le pasa, pero el joven se niega a hablar. En la casa de los samuráis, Kambei escucha a Katsushiro pronunciar el nombre de Shino entre sueños. Kambei y Gorobei van a recorrer los puestos de guardia, encontrado a Kikuchiyo dormido. Le dan un susto.

Kikuchiyo monta el caballo de Yohei dispuesto a hacer una exhibición ante los otros. Su estampa de buen jinete se oculta tras una empalizada. Instantes después aparece el caballo con la grupa libre y Kikuchiyo detrás, cojeando y tirándole piedras. Toda la aldea ríe. Kambei a Gorobei: «Se les ve contentos. La cosecha ha terminado y los bandidos no aparecen. La gente cree que no vendrán, pero el peligro suele llegar cuando todo está en calma. Diles que ocupen sus puestos».

Katsushiro y Shino se ven entre las flores. Ella sugiere que quizá la causa de la pasividad de Katsushiro ante ella se deba a que sólo es una campesina. Cuando el joven le dice que no es eso, la chica se echa a llorar, llamándole marica. Su llanto es interrumpido por el relincho de un caballo. Ven de dónde procede y corren hacia la aldea. Sólo son tres bandidos, seguramente la avanzadilla, pero el pánico cunde en la aldea. Escondidos, los samuráis observan el movimiento de los exploradores. Quieren contar con el factor sorpresa, pero la imprudencia de Kikuchiyo les delata. Kyuzo, Kikuchiyo y Katsushiro van tras ellos. Siguiendo las órdenes de Kyuzo, Katsushiro permanece al margen. Kyuzo mata a dos bandidos y Kikuchiyo captura vivo al tercero para que sea martirizado por los aldeanos. Kambei se opone al castigo hasta que aparece la anciana cuyo hijo mataron los bandidos. El Anciano viene con ella. Pide que no impidan su venganza.

Kambei cree que cuarenta bandidos son muchos para esperarlos en la aldea. Alguien debe ir a su guarida y rebajar el número. Kyuzo, Heiachi y Kikuchiyo se ofrecen voluntarios. También quiere ir Katsushiro, pero Kambei no le deja. El que sí va es Rikichi, como guía. Kikuchiyo vuelve a tener problemas con el caballo de Yohei, que le obliga a ir corriendo tras él. Los samuráis incendian las cabañas de los bandidos y los acuchillan según van saliendo. Cuando ya han salido todos, aparece en la puerta una mujer. Rikichi corre hacia ella, pero al verle, la mujer vuelve al interior de la cabaña en llamas. Rikichi quiere entrar a buscarla. Heiachi trata de impedirlo. Mientras forcejea con Rikichi, suena un disparo. Heiachi cae herido de muerte. Kikuchiyo increpa a Rikichi: «¡Idiota! ¡La culpa es tuya! ¿Quién era esa mujer?». Rikichi se tira al suelo, llorando: era su mujer.

La aldea llora la muerte de Heiachi. Rikichi grita abrazado al túmulo. Kikuchiyo iza la bandera de los samuráis. En el horizonte aparecen los bandidos al galope. La empalizada les obliga a dar un rodeo. Son treinta y tres y tienen tres fusiles. Mientras inspeccionan la profundidad del canal de agua que les corta el paso, Gorobei mata a uno de un flechazo. Kambei prepara la defensa en el frente norte. Gorobei: «Dime, ¿por qué no hemos construido una empalizada allí? –Porque

un buen fuerte necesita una brecha para que el enemigo se meta en la boca del lobo». En el frente norte está el molino del anciano. El viejo se niega a abandonarlo. Los samuráis tratan de elevar el ánimo de los aldeanos haciéndoles dar gritos de victoria. Kikuchiyo sale a recibir a los bandidos haciendo aspavientos. Un disparo lo obliga a buscar otro emplazamiento desde donde provocarlos, palmeándose el culo. Los bandidos prenden fuego a las tres casas desprotegidas y al molino del anciano. La histeria hace presa en los aldeanos. Kikuchiyo va al molino. Kambei le grita, pero acaba siguiéndolo. Del interior sale una mujer con una herida de lanza. Lleva en sus brazos un niño, que entrega a Kikuchiyo. Kikuchiyo grita: «¡Este niño soy yo! ¡A mí me pasó lo mismo!».

Al anoecer, los bandidos tratan de asaltar la empalizada. Kikuchiyo y Manzo matan a dos de ellos. Manzo se queda petrificado. Un nuevo intento es también rechazado por los aldeanos, que matan a varios de ellos sin sufrir ninguna baja. Los bandidos se retiran, pero la euforia aldeana es cortada por un disparo que hiere a Manzo. Shichiroji le reprocha sus gritos por un simple rasguño. También Rikichi tiene su bautismo de sangre en el canal. Kambei cree saber la manera de descubrir el campamento enemigo. Manda hacer un espantapájaros con una armadura y asomarlo entre los árboles. En seguida suenan dos disparos. «Eso confirma que mañana lanzarán su ataque desde allí, y nosotros les dejaremos entrar, pero de uno en uno». El problema son los fusiles. Kyuzo va a quitarles uno. Tras una tensa espera, entre la niebla surge la silueta decidida de Kyuzo, que entrega un fusil y dice que ya quedan dos bandidos menos. Luego, sin darle importancia al asunto, va a recostarse contra un árbol. Katsushiro corre a su lado: «¡Eres realmente grande! Quería decírtelo».

Al amanecer, se produce el ataque. Siguiendo los planes de Kambei, los aldeanos dejan pasar al primero y luego impiden con sus lanzas el paso del resto. La operación se repite varias veces hasta que los bandidos comprenden la estrategia y desisten. Pero han perdido otros cuatro hombres.

Katsushiro no puede reprimir su admiración por Kyuzo. Un poco envidioso, Kikuchiyo deja su puesto a Yohei y va a merodear por el campamento de los bandidos, teniendo ocasión de presenciar la muerte de dos de ellos que pretendían desertar. Vestido con las ropas de uno de los muertos se acerca a un vigía y traba conversación con él. Cuando el bandido se da cuenta de quién es su interlocutor trata de huir, pero Kikuchiyo lo mata y se queda con su fusil. Kikuchiyo es perseguido hasta la aldea. Desde allí, se vuelve y dispara el fusil. La detonación lo hace caer al suelo, pero pone en fuga a sus perseguidores. Sin embargo, en lugar del elogio que esperaba por su hazaña, recibe una reprimenda de Kambei por haber abandonado el puesto: «¡Idiota! No debes buscar tu propia gloria. En la guerra los soldados tienen que trabajar en equipo».

Como corroboración de sus palabras, se oyen gritos procedentes de la zona descuidada. Los bandidos atacan. Uno de ellos, herido por Kyuzo, es acorralado por las mujeres que enfrentan sus palos y herramientas a la espada del guerrero. Un arquero logra entrar en la aldea y mata a varios campesinos antes de ser abatido por Kikuchiyo. También Gorobei es alcanzado por un disparo de fusil. Kambei hace recuento: «Ya sólo quedan trece, pero los últimos siete nos han salido caros. El próximo será el último asalto. Esperemos que llegue antes de que nos fallen las fuerzas. También están cansados y, algunos, heridos. Tienen hambre y

entre ellos ha habido deserciones. Deben de estar desesperados. Imagino que vendrán por la mañana y lo harán dispuestos a todo».

Katsushiro se cruza con Shino. Ella lo rehuye, pero termina por abrazarse a él. Manzo busca a su hija. Los aldeanos agasajan a Kambei con sake. Kambei sube a las tumbas para llevarle el licor a Kikuchiyo. Manzo ve a la pareja de jóvenes salir de la cabaña y se abalanza sobre su hija, insultándola y golpeándola. Kambei lo detiene. Rikichi grita a Manzo: «¡Están enamorados y son jóvenes! Al menos a ella no la han raptado los bandidos».

Por la mañana, Kambei da las últimas consignas para el combate decisivo, que se produce bajo un fuerte aguacero. Esta vez, los bandidos entran hasta el centro de la aldea, donde la lucha se hace encarnizada y cuerpo a cuerpo, excepto por Kambei que, armado de un arco, derriba varios jinetes. Uno de los asaltantes recorre las calles llenas de lodo arrastrado por su caballo. El jefe de los bandidos se atrinchera en la cabaña de las mujeres y desde allí dispara con su fusil sobre Kyuzo. Katsushiro se abraza al caído como una plañidera. Kikuchiyo se precipita contra la puerta de la cabaña. Recibe un nuevo disparo. Cae. Se levanta y entra. El bandido retrocede, pero Kikuchiyo lo sigue hasta atravesarle con su espada. Los dos caen muertos. Es el fin. Un redoblar de cascos hace volver a todos la cabeza. Son los caballos que corren sin jinetes. Sin embargo, Katsushiro grita enloquecido: «¡Los bandidos! ¡Los bandidos!». Kambei se enfrenta a él: «¡Están muertos!». Katsushiro lanza un alarido y se deja caer al barro. A su lado, Kambei y Shichiroji jadean agotados.

En un día soleado, los campesinos siembran el arroz a ritmo de tambores y flautas. Rikichi canta. Kambei, Shichiroji y Katsushiro contemplan las tumbas, encrestadas por cuatro túmulos con una espada clavada. Pasan unas muchachas por su lado. Una es Shino. Katsushiro la mira, da unos pasos tras ella, pero se detiene. Kambei: «Otra vez hemos sido derrotados. Los ganadores son los campesinos, no nosotros». El viento arrastra olas de tierra sobre las tumbas.

Fin

REPARTO

Kambei Shimada, el jefe	Takashi Shimura
Kikuchiyo, el loco	Toshirô Mifune
Katsushiro, el joven discípulo	Isao Kimura
Gorobei Katayama, el sonriente	Yoshio Inaba
Shichiroji, el viejo compañero	Daisuke Katô
Heihachi, el cortador de troncos	Minoru Chiaki
Kyuzo, el sobrio perfeccionista	Seiji Miyaguchi
Rikichi, el campesino decidido	Yoshio Tsuchiya
Manzo, el sumiso, padre de Shino	Kamatari Fujiwara
Yohei, el llorón	Bokuzen Hidari
Gisaku, el anciano	Kokuten Kodo
Shino, la chica	Keiko Tsushima